

MEDITACION VIENDO EL FUTURO SOBRE POLITICA BIBLIOTECARIA

El XXVII Congreso de la AIB (Associazione Italiana Biblioteche) ha estado dedicado al tema "Por un servicio bibliotecario descentralizado: análisis de los recursos" y ha tenido lugar en Arezzo del 9 al 12 de junio pasado. De la AIB interesa casi todo, porque, como sucede en tantos otros países con las asociaciones, está tomando cada vez más en sus manos el destino bibliotecario de Italia y porque cuanto hace lo realiza con pasión y hasta con cierto tono enrabietado. Los bibliotecarios españoles, sumidos, en general, en el más nebuloso desconcierto cuando no arropados en el desánimo, tienen mucho que aprender del caso italiano en su lucha por construir un sistema bibliotecario democrático en muchas de sus estructuras y descentralizado en su administración, pero atento a superar las dificultades que se oponen a la consecución de una auténtica capitalidad de su "biblioteca nacional" y a conseguir un sistema fuertemente reticulado. Además, los bibliotecarios italianos acaban de pasar por la encrucijada de un importante cambio administrativo en el organismo rector de la política cultural en Italia. Desde estas sencillas premisas hago dos cosas: presentar las aleccionadoras conclusiones del Congreso antes citado e invitar a una meditación a la que nos convoca el crítico y crucial momento bibliotecario español. Vaya por adelantado que esto no basta y que hemos de recibir más altas y urgentes convocatorias para que el calor y la luz del pensamiento en común sobre temas candentes y decisivos (regionalización, democratización administrativa, animación cultural, animadores *versus* operadores culturales, etcétera) tonifiquen un tanto al arrecido mundo bibliotecario español, sobre todo por cuanto se refiere a las bibliotecas estatales. Si el futuro no va a comenzar sin dilaciones, me temo que no vaya a comenzar nunca jamás.

CONCLUSIONES DEL XXVII CONGRESO DE LA ASSOCIAZIONE ITALIANA BIBLIOTECHE

1.ª Que la Conferencia nacional de las bibliotecas (anunciada por el Ministro para el próximo otoño) sea organizada en común con las regiones y con las fuerzas sociales y culturales y que constituya un punto fundamental de referencia para la elaboración de una ley básica en el sector.

2.ª Que se suprima el Servicio nacional de lectura, transfiriendo sus

medios financieros a las regiones y a los organismos locales correspondientes.

3.^a Que los bienes muebles e inmuebles del disuelto "Ente nazionale biblioteche popolari e scolastiche" sean transferidos, junto con el personal en servicio, al Ayuntamiento y a la provincia de Roma.

4.^a Que la Asociación proponga a la próxima conferencia nacional de bibliotecas un programa de acción coherente con la línea desarrollada en los últimos años y que se atenga a las recomendaciones internacionales para la constitución de servicios nacionales de información.

5.^a Que las administraciones locales de Cosenza tomen con urgencia las medidas necesarias para la constitución de la Junta para la Biblioteca Cívica de Cosenza considerada como única solución idónea para resolver los graves problemas de esta biblioteca.

6.^a Que el Instituto central para el catálogo único coordine las iniciativas en curso en el sector de los catálogos colectivos de publicaciones periódicas y, en particular, promueva el uso de normas internacionales para la consignación de los datos.

7.^a Que la Asociación promueva la publicación de un boletín oficial con el catálogo de todas las publicaciones impresas (aun las no venales) del Estado, de las entidades públicas, de las universidades, etc.

8.^a Que la Asociación promueva ante las autoridades competentes cursos para la preparación de docentes y para la formación de los cuadros intermedios para el servicio bibliotecario; estimule al Ministerio de Instrucción Pública para la revisión del actual sistema de escuelas y cursos universitarios de biblioteconomía y para la implantación de cursos para la formación de los usuarios; que elabore también algunos programas típicos de formación y de concurso.

9.^a Que se busque la adecuación de las estructuras italianas para el canje de publicaciones mediante la reestructuración de la Oficina para el canje internacional y la publicación de una bibliografía en curso de las publicaciones oficiales editadas en la República Italiana.

10.^a Que la Asociación intervenga ante las secretarías confederales de CGIL-CISL-UIL para tratar de situar las cualificaciones de los bibliotecarios y de los ayudantes de bibliotecas en los mismos niveles funcionales de las carreras colaterales¹.

¹ Tomado de *Bolletino d'informazioni* de la AIB, XVII (1977), núm. 2, pp. 141-142.

MEDITACIÓN

Creo que las conclusiones transcritas son aleccionadoras mirando hacia un futuro que también puede comenzar aquí. Una acción bibliotecaria prospectiva debe adivinar las líneas dinámicas, las fuerzas en tensión dentro de una sociedad que no ha llegado, ni mucho menos, a la saturación bibliotecaria y que ha de trazar los caminos (propios, pero sobre pautas más o menos ya conocidas) para llegar a ella y para, al mismo tiempo, tener la lucidez mental y profesional y la adivinación suficientes, a fin de que la organización bibliotecaria sepa adaptarse con flexibilidad al rumbo de la cultura popular en el futuro. Se impone que se haga en común una meditación sobre los puntos doctrinales de mayor importancia implicados en esta posible acción. Una meditación en común, porque deberá pasar poco a poco la hora de los tenores —aun reconociendo que no podrá haber coro brillante sin la presencia de estos tenores—. Una meditación sobre sólidas bases teóricas y sobre experiencias sometidas a suficiente análisis, a fin de que la convocatoria no degenera en cacareo. El punto de partida imprescindible en una limpieza profesional de la que se hallen ausentes el compadreo, la ambición, el conformismo o el resentimiento. Pensando en el futuro cultural de este país, si estamos convencidos de que el mundo bibliotecario tiene algo que pintar en dicho futuro, los bibliotecarios españoles (y lo mismo vale para quienes profesionalmente se sientan afines) deben renunciar a juegucitos de prendas con las simpatías y las antipatías personales, para considerarse cordialmente unidos en lo profesional. Pienso yo si el prescindir un tanto de la mentalidad enclaustradora que se deriva del concepto de Cuerpo —y tengo todavía la palabra dolorida por la comprobación de que razones personales hayan podido cavar un abismo profesional entre el Cuerpo Facultativo y el antiguo Cuerpo Auxiliar— no va a servir a las mil maravillas para que el aire sea nuevo, más respirable y más poderosamente genésico.

Para tiempos nuevos se acerca una nueva constelación terminológica, un vocabulario nuevo. “Política bibliotecaria” —dado que las bibliotecas escolares y universitarias habrán de ser contempladas en el contexto de una política educativa y que las especializadas, o científicas en general, tienen su campo en el seno de una política de la información científica y técnica que supera con mucho las competencias de un solo departamento ministerial—, la “política bibliotecaria”, digo, va a ser de ahora en adelante una parte de la “política cultural”. Nosotros, los bibliotecarios, pensamos que la parte más importante de la política cultural, pero bueno será que, con humildad, reconozcamos que no es la única y que tratemos de demostrar con la ac-

ción y la doctrina que es la parte más importante. En este nuevo horizonte, "comunicación" o "información" van a ser términos mucho más importantes que "catalogación" o "registro" y, por supuesto, es preciso sentir hondamente la insatisfacción ante el hecho de que nuestras bibliotecas no sirvan más que para estudiantes. El hombre español no es estudiante más que una pequeña parte de su vida y además sólo una pequeña parte de españoles son estudiantes. Con estas consideraciones previas quiero poner sobre estas páginas unos puntos de meditación bibliotecaria:

1. *Necesidad de humildad.*—Ni las bibliotecas ni el libro son toda la cultura. A mi juicio, el libro —encerrando en él todo vehículo estable de comunicación intelectual por la palabra que permita un acceso individual— es el principal modo de acceso a la cultura por dos razones fundamentales: porque permite utilizar en el plano personal el vehículo más flexible, más capaz de adaptarse a los contornos inasibles de lo intelectual, que es la palabra, y porque está en la base —al menos como medio complementario— de cualquier otra forma de acceso a la cultura. A uno termina por gustarle Picasso o a través de lecturas o por medio de las que ha hecho quien le sirve de guía. Por supuesto, ni la *Pietà* ni el *Moisés* de Miguel Angel serían lo que son sin toda la letra impresa que los ha arropado. No hablemos de la letra de las canciones ni de la importancia de las guías turísticas para lo que parece pura contemplación. Hasta las formas más aparentemente "simpáticas", en el sentido etimológico, de participación cultural suelen descansar sobre un considerable almohadillado literario. Pero crear y participar la cultura es bastante más que escribir y leer, es decir, participar en la cultura literaria, entendida ésta en sentido muy amplio, claro está. El bibliotecario debe entender, pues, que no toda la cultura de un país puede construirse desde la biblioteca y que para participar consciente y lúcidamente —y lucidamente también— en una política cultural de ancha respiración necesita especializarse, so pena de ser traído y llevado por unos y otros (políticos, fantasmones locales, etc.) como instrumento inerte, de encerrarse en su laboratorio de hacer fichas mientras la cultura discurre por otros cauces y se limita su labor a servir de refugio de jubilados y preparador de exámenes de estudiantes, de apelar a unas formas de animación cultural (conferencias, conciertos, exposiciones de compromiso, etc.) por las que la gente demuestra su desprecio con la ausencia más multitudinaria.

2. *Planeamiento.*—Hace unos años, H. Escolar escribió un artículo muy importante, en cuyo detalle había mimbres para comenzar a tejer ces-

¹ "El planeamiento bibliotecario. Notas demográficas", en *Boletín de la Anaba*, núm. 55 (1969), jul.-dic., pp. 121-138. Es el primero de una serie.

tos, pero del que ahora me interesa, sobre todo, la base doctrinal: cuando no se puede —ni acaso se debe— hacer todo, hay que establecer un orden de prioridades (que en este caso se fundaba sobre bases demográficas). Efectivamente, el servicio bibliotecario —es decir, la atención a las necesidades totales de información personal de una comunidad— es un servicio de alta calidad. El problema no es ya su carestía, sino que, cuando no se acomoda a las necesidades reales de información —actuales o inmediatamente posibles—, cuando no se ajusta, por decirlo en palabras claras en su tremenda generalidad, al nivel cultural de la comunidad, una biblioteca pública puede ser un gasto perfectamente inútil. La biblioteca no puede ser el resultado de la intrepidez personal o de las amistades en las alturas de un alcalde o de un munícipe cualquiera. La biblioteca pública —mientras no llegue a ser un servicio público universalmente buscado como la escuela o como el dispensario, debe partir de un estudio previo de la comunidad, desembocar en un planeamiento en el que sea prioritario lo bibliotecariamente más rentable, contar con una infraestructura legal y conseguir que los movimientos “fundacionales” vengan primordialmente desde abajo.

3. *Regionalización.*—Si no existieran instancias políticas más urgentes y fogosas, esta regionalización estaría exigida por las necesidades del planeamiento. Vaya por donde vaya la descentralización política y administrativa (y no es éste lugar para trazar perspectivas o echar a volar profecías), la descentralización en el campo cultural va a ser radical y hasta, digámoslo ligeramente rabiosa. El funcionario, también el bibliotecario, que se llama a sí mismo “de provincias”, está hasta las narices de serlo y se olvida con suma y grave facilidad de sus ventajas, harto como suele estar de bailar el caldo gordo y de recibir consignas del “compañero” de Madrid. Esto, que suele tener unas tremendas implicaciones subconscientes, se acentúa en el plano de las instituciones. Pero lo cierto es que, con pasión o sin ella, la descentralización cultural se impone. Ningún estudio de necesidades puede ser más acertado y ningún plan de realizaciones más limpio que el que realicen los mismos interesados, quienes, naturalmente, han de buscar y aceptar los asesoramientos pertinentes. Siento el temor de que, en un principio, se nos vaya la mano y sintamos la tentación de negar toda capitalidad y hasta de dismantelar servicios centrales que deben sobrevivir no ya por centralismo, sino por razones de alta política y de fecundidad, pero que deben ser evidentemente corregidos. Con todo, la descentralización va a suponer una disminución en la burocratización de la profesión, un mayor esfuerzo para buscar la capacitación profesional en niveles no nacionales (sobre todo en la administración local), unos estudios “topográficos” más ajustados y un planeamiento más eficaz. El resultado puede ser un rena-

cimiento bibliotecario. Pongo un ejemplo de fuera, para no apuntar: una ciudad tan abandonada en este campo como Madrid, Roma, ya está comenzando a trazar un plan bibliotecario provincial con cuatro sistemas metropolitanos y su correspondiente biblioteca central de los que dependerán 16 bibliotecas comarcales y 120 sucursales. Quiero tranquilizar a los medrosos; puede ser que arbitristas de más audacia que conocimientos se quieran erigir en planeadores de urgencia; pero las comunidades, cuando juegan —y tienen participación en el juego— con lo suyo, deben defenderse. Repetir a pequeña escala los errores del centralismo sería necedad. En cuanto a los servicios centrales, necesitan un replanteamiento y sobrevivirá de ellos cuanto (y pienso que es mucho), juzgado con honestidad y rigor, merezca conservarse. Y lo nuevo que haya que hacer, habrá que hacerlo.

4. *Especialización.*—El bibliotecario puede ser también un animador cultural. Aunque no lo sea, debe hallarse en situación de poder entablar diálogo con él. Como sucede, por el otro extremo de la profesión, que el bibliotecario tiene que conocer el lenguaje y las armas del documentalista. Entre los campos ocupados por el animador cultural y el documentalista puro, el terreno bibliotecario es demasiado amplio para poder ser conocido y explotado con eficacia por las mismas personas. El bibliotecario español debe especializarse de manera decidida y comenzar a pensar que los sistemas oficiales de reclutamiento y transferencia de personal son muy cuestionables, que la organización tradicional de la profesión —por muchos que hayan sido los méritos de los Cuerpos oficiales— ya no sirve y que la formación profesional debe atender más a cubrir las necesidades de nuestra sociedad que a la capacitación para el triunfo fratricida en unas oposiciones. Aquí, es bien repetido, damos la impresión de mirarnos unos a otros como si nos estuviéramos quitando algo mutuamente, y además es verdad. Por deficiencias de organización, no ha terminado la crueldad del antiguo escalafón, en que sólo la muerte o el envejecimiento de un compañero podían permitirle a uno el ascenso.

5. *Representatividad.*—Desde los fines más reivindicativos hasta la más solemne capacidad de representación profesional nos empujan con urgencia a la búsqueda de un rostro común estrictamente profesional. Más allá de toda forma de asesoramiento privada y de pasillos —legítima y siempre necesaria, que los “expertos”, palabra puesta de moda por las organizaciones intergubernamentales, son los “expertos”— hace falta un punto fijo de referencia corporativo, una asociación, con la que las autoridades políticas puedan dialogar, en la que los usuarios puedan hallar asesoramiento y asistencia y que sea capaz de proporcionar colectivamente y privadamente pro-

tección en sus derechos a los que ejercen la profesión. De la misma manera habrá de dotar de rigor el ejercicio de ésta y servir de tribunal en casos de irresponsabilidad o de abuso que no justifiquen ni permitan inculpaciones ante otros tribunales. Por supuesto, la representatividad exige la neutralidad más absoluta fuera del campo profesional, para que nadie se sienta abandonado u obligado a pensar como no piensa o, lo que sería peor, a fingir que piensa así. Aunque con suma lentitud, desde hace meses se están tomando decisiones de importancia profesional y no parece que en su gestión intervenga para nada ese que llamamos “rostro corporativo” de la profesión. Dado que ninguna de las centrales sindicales pueden presumir de neutralidad y que, además, no parecen atraer en bloque a los miembros de nuestra profesión, urge la búsqueda de esta representatividad. Si estas páginas fueran ya un plan de acción y no una meditación previa, y si, además, con marcha demasiado lenta, no se estuvieran dando pasos en esta dirección, podría bajar a mayores y más filados detalles. Lo que sí es de suma importancia es dejar toda conciencia de clase (puesto que hay bibliotecarios de distintos niveles) y animarse por una voluntad de servicio insustituible. Cualquier apariencia de lucha garbancera —aunque esto debe dárseos por añadidura— puede deteriorar gravemente una imagen que debemos dibujar y consolidar en sus rasgos más característicos.

6. *La animación cultural.*—¿Se trata de una acción bibliotecaria? Por supuesto, hasta el momento, ni las escuelas profesionales la incluyen en sus planes de estudio ni las oposiciones a los distintos cuerpos exigen algo que se le parezca. Si tenemos, por otro lado, que exige una especialización vocacional bien determinada y que tradicionalmente —y en forma rudimentaria— ha venido realizándose al margen de la sección de la biblioteca pública estrictamente dicha, creo que podemos darnos una clara y honrada respuesta. La cultura es un concepto demasiado vago y polícromo, y hasta al concepto de animación cultural comienzan a salirle competidores. Frente a la animación cultural, se habla de la promoción cultural: la primera es una forma de mediación para comunicar una cultura (en sus plurales manifestaciones) ya hecha; la segunda es una función activa que ayuda a integrar formas colectivas o individuales de creatividad cultural por medio de procesos de participación cultural. Mientras que el animador cultural reparte lo que hay, el operador cultural es capaz de dar una forma organizativa comunitaria o colectiva a las prácticas de creatividad cultural individual que él mismo es también capaz de inventar y de coordinar. El animador cultural aprovecha los instrumentos culturales existentes más o menos remozados; el operador cultural trabaja en “centros de investigación cultural” (cuyo supremo ejemplo puede ser el “Centro Pompidou”, de París).

No digamos que la terminología sea indiscutible ni nos callemos que los teóricos del ramo ponen siempre al mando de estos "centros" a un "intelectual" y que para ellos, por supuesto, ninguna forma de funcionario tiene categoría de intelectual. No discutamos ahora. Sin aislamientos ebúrneos ni pretensiones de monopolios culturales, el bibliotecario debe saber ocupar su puesto cimental en el edificio de la cultura, generoso y con la mano siempre dispuesta a estrechar otras manos.

Pero creo que, para esta y otras meditaciones, el bibliotecario español está clamando por ser convocado.

MANUEL CARRION